

## LIBROS

## La novela se pone de corta

Es una lástima que la Real Academia Noruega ya no convoque aquellos estupendos concursos para barbudos centro-europeos (a Schopenhauer le dieron una medalla de oro en 1839 que agradeció toda la vida; al año siguiente se presentó a otro concurso, esta vez de la Academia Danesa, y no le dieron ni las gracias, a pesar de ser el único concursante), porque los problemas realmente serios, los que siguen sin respuesta, quedarán ya por siempre jamás sin resolver. Por ejemplo, problema: en la España moderna hay poca afición al cuento largo y a la novela corta, hasta tal punto que ni siquiera tenemos una palabra con que designarlas (*nouvelle*, *novella*, que dicen en Europa); la gente no las compra, los editores las rechazan. Bien es verdad que en la España moderna casi nadie se ha dedicado a escribir novela corta, como no fuera para el Premio Gijón. Pregunta: ¿no hay tradición de novela corta por falta de afición a escribirlas, o falta afición para escribir novela corta porque no hay tradición?

El caso es que durante los primeros decenios del presente siglo, cuando había colecciones de novela corta, los narradores escribían novelas cortas. Pero siempre se podrá argumentar que las colecciones nacieron para animar un género que se estaba practicando mucho. Problema insoluble. Yo no sé qué síntesis habrá alcanzado Carlos Barral, pero ha lanzado una bonita colección de Novela Corta. ¿Existieron previamente los títulos? ¿Comenzaron a existir cuando Barral les insufló aliento por valor de unos miles de duros? A la vista de la programación, me inclino a creer lo segundo.

Los cuatro títulos aparecidos — todos ellos interesantes, lo que no es una minucia dado el grado de saturación del mercado — incluyen tres reimpresiones y una novedad; es decir, ningún inédito riguroso. Lo cual no es un baldón, ni mucho menos. Carmen Martín Gaité había publicado



Dostoevski.

Las ataduras en 1960, pero es lo mismo porque nadie se dio por enterado. Juan Carlos Onetti publicó *Los adioses* en 1954, y muy lejos; sólo un nihilista juzgará superflua esta reimpresión. *Andreas*, de Hofmannsthal, es una novedad, por mucho que la edición alemana date (si no me equivoco) de 1945.

Y las *Memorias del subsuelo*, de Dostoevski, es reimpresión de la inevitable traducción de Cansinos Asens. He aquí el único naipe trucado de la baraja. La versión de Cansinos, aunque fluida, clama la jubilación. Basta leer las primeras páginas para topar con ese tufillo rancio y esas frases chocantes ("ya que no aceptaba frascos de vino...") que caracterizan a muchas de las traducciones de la casa Aguilar, casa que tiene algo de museo paleontológico con un director en batín y zapatillas. El título mismo, según los entendidos (Todorov, en este caso), sería más bien *Memorias de un (hombre) subterráneo*. La cuestión es importante porque Barral parece decidido a rescatar las numerosas bellezas que yacen embalsamadas en esos féretros llamados obras completas. Y sería lamentable que no aprovechara la ocasión para lavarles la cara y airear la ropa, que hasta la belleza se enmohece por falta de uso.

Los cuatro títulos denuncian que Barral hizo la colección sobre lo que había, pensando en lo que vendrá. Por eso anuncia un verdadero inédito de Juan García Hortelano (*Los vaqueros en el pozo*) y otro de Vicente Molina Foix (*La comunión de los atletas*) con aire de decir: "Ya pican, ya pican". Y otras dos reimpresio-

nes, *El banco de la desolación*, de Henry James (recemos todos juntos para que sea la vieja traducción Vergara, S. A., 1961; fus un año malísimo) y *La sonata Kreutzer*, de Tolstoi, pieza clave de toda biblioteca republicana y federal. Cualquier lector de musculatura mediana habrá sentido ya un cierto cosquilleo con sólo imaginar el océano de posibilidades que ofrece una colección semejante. La idea es genial de puro obvia. Y como siempre en esta tierra baldía, quien pega primero, da dos veces, pero a alguien. Ya se anuncia otra colección de novela corta, con todas las garantías; el duelo sólo beneficiará a los lectores.

Es convención ampliamente asumida que un comentarista, además de informar, critica; así que me veo obligado a hacer algún reparo. La letra de la contrabierta es un asco; y los márgenes internos son demasiado estrechos (se trata de un error de guillotina que va a ser subsanado, me dice el *attaché de presse*). En cualquier caso, los primeros cuatro títulos quedarán por siempre jamás como el pie ortopédico de la colección. Hay un último reparo que poner a la corrección sintáctica de alguno de los prologuistas, pero sería injusto acusar al editor, ya que éste ha mostrado cuidado en la contratación (Ana María Moix, Wolfgang Luchting, Luis Izquierdo, Georges Steiner); si luego uno de los contratados no dio de sí cuanto podía, eso ya no es culpa de Barral. Pero no voy a decirte a quien me refiero. Así, por malsana curiosidad, robarás los cuatro buscando un culpable. Y, a lo mejor, incluso te los lees.

Empieza por el Dostoevski. Es tu vivo retrato. ■ FELIX DE AZUA.

## Modos del pensamiento matemático

Desde hace dos milenios, una cierta familiaridad con las matemáticas ha sido considerada como parte indispensable en la formación intelectual de toda persona cultivada. Desafortunadamente, esto no ha acontecido en España, donde la ignorancia matemática es escandalosa en gentes que ocupan un lugar prestigioso en nuestro "establishment" cultural. Muy probablemente esta grave deficiencia se debe a una pésima enseñanza de las matemáticas en la Enseñanza Secundaria, que le ha conferido a esta ciencia un aura misteriosa, de sólo para iniciados, que no tiene nada que ver con su efectiva realidad. Un gran matemático alemán — Courant — ha definido a la Matemática "como una expresión de la mente humana, que refleja la voluntad activa, la razón contemplativa y el deseo de perfección estética". Valores éstos de clara tradición humanista. No olvidemos, además, que la cultura matemática de un pueblo es la infraestructura necesaria para un desarrollo tecnológico a la altura de los tiempos.

Desde las consideraciones que anteceden hay que aplaudir la aparición en español de *Pruebas y refutaciones. La lógica del descubrimiento matemático* (1), de un matemático ya desaparecido, Imre Lakatos, que fue figura principal de lo que en el mundo anglosajón ha dado en llamarse "nueva filosofía de la ciencia". Bajo esta denominación suele agruparse a un conjunto de teóricos a quienes une la impugnación de la clásica metodología positivista sobre el desarrollo y estructura de la ciencia. En matemáticas, este grupo de pensadores ha encaminado su crítica a poner de manifiesto la insuficiencia del enfoque formalista o deductivista.

Al llegar aquí convendría, para ilustración del gran público, exponer sucintamente las dos grandes tendencias en que se

(1) Alianza Universidad.



mueve la Matemática actual: la intuicionista y la axiomática o formalista.

Para los intuicionistas, los entes matemáticos son considerados como objetos sustanciales en un reino de "pura intuición", independientes de las definiciones y de los actos individuales de la mente humana. Para los intuicionistas, los hechos matemáticos son aserciones objetivamente verdaderas, que describen realidades existentes. Desde este punto de vista que puede calificarse de kantiano, no hay problemas de compatibilidades ni puede haber contradicciones en las proposiciones matemáticas.

Muy diferente es el punto de vista de los formalistas. Estos no atribuyen una realidad intuitiva a los objetivos matemáticos, ni proclaman que los axiomas expresen verdades obvias concernientes a las realidades de la intuición pura. En términos generales, el punto de vista formalista o axiomático —que se remonta, por lo menos, a Euclides— puede describirse como sigue: probar un teorema en un sistema deductivo consiste en hacer ver que el teorema es una consecuencia lógica y necesaria de ciertas proposiciones previamente establecidas que, a su vez, deben ser probadas, y así sucesivamente. El proceso de demostración matemática sería, por tanto, una tarea imposible de regresión infinita, salvo que, en esta marcha hacia atrás, esté permitido detenerse en algún punto. Por tanto, debe haber un número de proposiciones, llamadas postulados o axiomas, que se aceptan como verdaderas y para las que no se requiere demostración. De estos postulados y axiomas —no demasiado numerosos, compatibles, independientes y suficientes— podemos deducir todos los teoremas por medios puramente lógicos.

Para un matemático intuicionista, los entes matemáticos —números, puntos, etcétera— son cosas sustanciales en sí. Para un matemático formalista no tiene sentido la consideración de los entes matemáticos en sí, sino su determinación como estructura y relación.

Para Imre Lakatos y sus colaboradores, que se mueven en el ámbito de la epistemología pospositivista, el formalismo "tiene" a identificar las matemáticas con su abstracción axiomática

formal". Y desde esta perspectiva, las matemáticas no tendrían propiamente historia, sino que serían "un conjunto siempre creciente de verdades eternas e inmutables, en el que no pueden entrar los contraejemplos, las refutaciones o la crítica". Lakatos, en el libro que comentamos —por otra parte, incompleto, pues falleció antes de terminarlo y que sus colaboradores han publicado con anotaciones— propone un nuevo enfoque heurístico no deductivista, en que pretende mostrar —mediante un diálogo escenificado entre un profesor y sus alumnos en un aula imaginaria— que el auténtico progreso de las matemáticas no se produce mediante un monótono aumento del número de teoremas indudablemente establecidos, sino a través de la incesante mejora de las conjeturas, gracias a la especulación y la crítica según la lógica de pruebas y refutaciones. Este enfoque heurístico —que sirve para averiguar y ayudar a mostrar cómo deben buscarse las propiedades de los objetos y sus relaciones entre sí— es una propuesta sugestiva, y discutible también, que hace del libro de Lakatos una aventura intelectual llena de posibilidades y riesgos. ■ PEDRO FERNAUD.

## En el país de los espías

*"En cuanto al resultado final, nada... El rey ha muerto, viva el rey".*

(John le Carré. "El honorable colegial").

David John Moore Cornwell, alias John le Carré, cuarenta y siete años, sabio alquimista de la novela de espías, sacó a la luz, hace casi un año, su última obra: "El honorable colegial" ("The honourable schoolboy"), editada recientemente en España (1).

Los primeros pasos de Cornwell en el mundo de las letras tuvieron un aire semiclandestino. El escritor, que confiesa su alergia a vivir de y en las instituciones, estudió lenguas modernas en Oxford, y después ingresó en el Cuerpo Diplomático. Fue segundo secretario de la Embajada británica en Bonn y cónsul en Hamburgo. Empezó a escribir por evadirse de un trabajo que

no le gustaba, y como el Foreign Office prohíbe a sus miembros publicar libros con sus propios nombres, Cornwell se buscó un seudónimo: Le Carré.

Sus dos primeras novelas: "Llamada para el muerto" y "Asesinato de calidad", pasaron casi inadvertidas, pero la fama y el dinero le cayeron encima con su tercera novela: "The spy who came in from the cold" (1963), titulada en la edición española "El espías no vuelve". Los tres millones y medio de ejemplares de esta obra, repartidos por todo el mundo, permitieron a Cornwell decir adiós a la diplomacia, pero ya no recuperó su auténtico nombre para seguir escribiendo.

Tras otras dos novelas ("El espejo de los espías" y "Una pequeña ciudad en Alemania"), Le Carré intenta escribir una obra "seria", y lo que le sale se titula "El amante ingenuo y sentimental". Un relato rechazado por la crítica y los lectores. La publica-



John le Carré.

ción de "El amante..." coincide además con su divorcio. Se vuelve a casar, tiene un hijo, y marcha con su nueva familia a vivir a una casa junto al mar en Cornwall, una de las zonas más desoladas de Inglaterra.

En 1974 aparece "El topo" ("Tinker, tailor, soldier, spy"), la historia del desenmascaramiento de un doble agente que opera en la cúspide del poder secreto.

El recuerdo de Kim Philby, que le sirvió de fuente argumental, escocía aún la memoria de los británicos.

Ahora, el carrusel de los personajes creados por Le Carré —que prepara otra novela ambientada en Oriente Medio— vuelve a girar con "El honorable colegial". El aliento agónico de los héroes y anti-héroes lecarrianos impregna de tal modo las páginas y situaciones creadas por el autor que es difícil olvidar que estamos ante una monumental obra de ficción de la mejor escuela; sin luces ni sombras netas, sin "buenos" ni "malos" taxativos. El claroscuro, la sensación de inutilidad última de la muerte, el escepticismo —que, pese a todo, impulsa a la acción— y la verdad escamoteada, puesta en duda, que obliga a recomenzar siempre, constituyen el poso personal en el que se entremezclan las razones de Estado de las superpotencias. Razones remotas y casi inaprehensibles, sólo al alcance de unos pocos: la élite burocrática ostentadora del poder, que juega sus bazas políticas fuera del alcance de cualquier control, guiándose por sus propios egoísmos y conveniencias.

Estas notas, características de la obra de Le Carré, son la clave emocional para adentrarse en el laberinto del novelista. Un novelista que no necesita de las consabidas muletillas sobre la "mayoría de edad" de su género, puesto que la calidad literaria es independiente de cualquier género.

En "El honorable colegial", Le Carré cambia totalmente el escenario de la acción de sus anteriores novelas. La "guerra fría" de Europa se prolonga al Lejano Oriente, donde se ha transformado en "guerra" a secas. El campo de batalla de los supergrandes se ha ampliado ya a todo el mundo, aunque los estrategias sigan dirigiendo las operaciones desde Washington, Londres o Moscú. En este contexto, las novelas de Le Carré llevan el signo de la decadencia británica. Londres ha dejado de ser centro de poder mundial. Gran Bretaña es un gato entre dos tigres: La URSS y EE. UU. De su imperial grandeza sólo quedan ruinas, y su servicio secreto, sutil e inteligente por excelencia, se ve obligado a servir de comparsa a los "primos" norteamericanos.

(1) "El honorable colegial", John le Carré. Editorial Noguer, Barcelona, 1978.